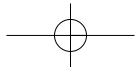
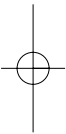
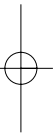


# La conquista de Sigimor

La Romántica



# **Hannah Howell**

## La conquista de Sigimor

### *El clan de los Cameron I*

Traducción de Ana Isabel Domínguez Palomo  
y María del Mar Rodríguez Barrena

Este libro no podrá ser reproducido,  
ni total ni parcialmente, sin el previo  
permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados

Título original: *Highland Conqueror*

© Hannah Howell, 2005  
© por la traducción, Ana Isabel Domínguez Palomo  
y María del Mar Rodríguez Barrena, 2009  
© Editorial Planeta, S. A., 2009  
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,  
División Editorial del Grupo Planeta  
Ilustración de la cubierta: © Franco Accornero  
Primera edición en Colección Booket: marzo de 2009

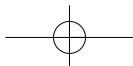
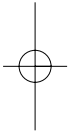
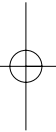
Depósito legal: B. 5.662-2009  
ISBN: 978-84-08-08386-3  
Composición: Pacmer, S. A.  
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.  
Printed in Spain - Impreso en España

## Biografía

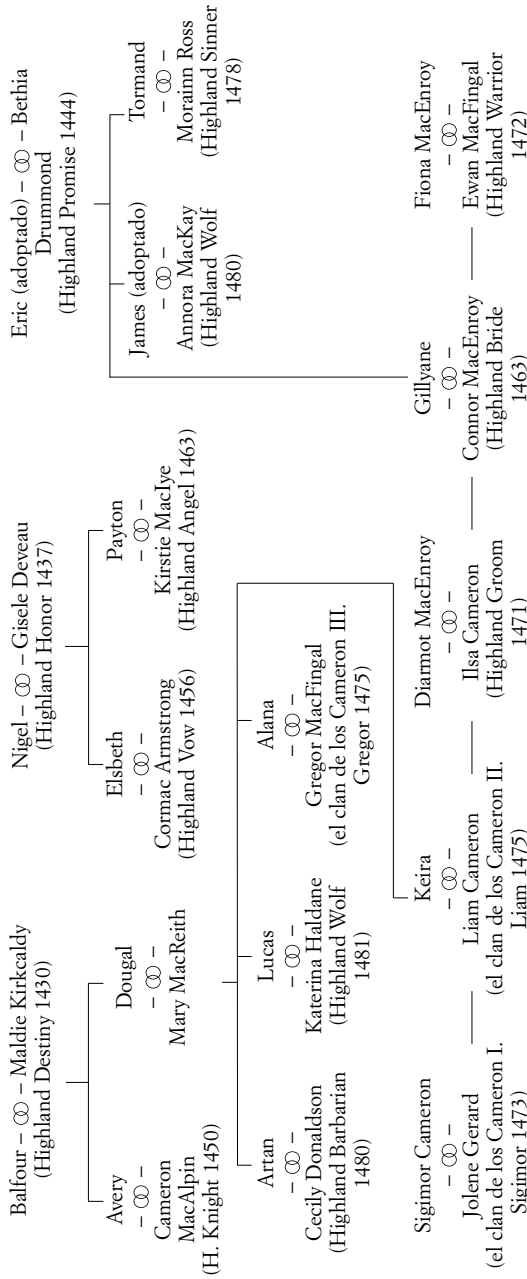
Hannah Howell vive en Massachusetts, donde lleva veinte años dedicada a la novela romántica. Aunque ha hecho incursiones en otros subgéneros, como el vampírico y el Oeste americano, los libros que le han ganado la admiración de las lectoras y el reconocimiento de sus colegas son las obras ambientadas en Escocia. Es miembro del Romance Writers of America y ha ganado dos veces el premio K.I.S.S. (Knight in Shining Silver) al mejor protagonista masculino.

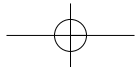
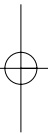
En la actualidad sigue trabajando rodeada de sus hijos y nietos y, por supuesto, de sus gatos. En 2009 Booket irá publicando tres de sus aclamadas novelas ambientadas en la Escocia medieval: *La conquista de Sigimor*, *La victoria de Liam* y *El tesoro de Gregor*.

Visita su página web en: [www.hannahhowell.com](http://www.hannahhowell.com)



Iain Murray – ☉ – Jeanne Murray





## Capítulo uno

*Inglaterra, primavera de 1473*

—Deja de mirarme.

Liam Cameron alzó una ceja en respuesta a la brusca orden de su primo Sigimor.

—Sólo estoy esperando a que me cuentes tu plan para sacarnos de este lío.

Sigimor masculló algo antes de apoyar la cabeza en la húmeda pared de piedra a la que estaba encadenado. Sospechaba que Liam sabía que no había ningún plan. Sigimor estaba encadenado, con su hermano pequeño Tait, su cuñado Nanty MacEnroy y sus primos Liam, Marcus y David, en una mazmorra emplazada en los sótanos del castillo de un lord inglés. Necesitaban mucho más que un plan para salir del atolladero. Necesitaban un milagro. Y no creía haber hecho nada en los últimos tiempos como para merecerlo.

Ésa era la última vez que intentaba hacer una buena obra, decidió antes de torcer el gesto. En realidad, no había ido a Drumwich llevado por la caridad, sino para saldar una deuda. Le debía la vida a lord Peter Gerard y, cuando éste solicitó su ayuda, no le quedó más remedio que prestársela. Por desgracia, la petición había llegado demasiado tarde y el problema que Peter le relataba en su

misiva había acabado con su vida sólo dos días antes de que sus hombres y él atravesaran las fortificadas murallas de Drumwich. No tardaron en darse cuenta de que Harold, el primo de Peter, no tenía la menor intención de honrar ninguna promesa hecha por su difunto familiar.

Se preguntó si no sería irónico acabar muriendo en la casa del hombre que en una ocasión le salvó la vida.

—No tienes ningún plan, ¿verdad?

—No, Liam, no tengo ninguno —respondió—. De haber sabido que Peter podía morir antes de que llegáramos, habría planeado el modo de solucionar esa contingencia, pero ni se me pasó por la cabeza.

—¡Válgame Dios! —musitó Nanty—. Si tengo que morir en este asqueroso país, preferiría hacerlo en plena batalla en lugar de ahorcado como un vulgar ladrón de la calaña de los Armstrong o los Graham.

—¿No dice tu Gilly que está emparentada con algunos Armstrong? —le preguntó Sigimor.

—Sí, es verdad. Se me había olvidado. Los Armstrong de Aigballa. Cormac, el *laird*, está casado con una prima de Gilly llamada Elspeth.

—¿También roban ganado?

—No. Bueno, no todos. ¿Por qué?

—Porque, si gracias a algún milagro salimos de ésta, tal vez necesitemos unos cuantos aliados en el camino de vuelta a casa.

—Sigimor, estamos en la maldita Inglaterra, en la mazmorra del castillo fortificado de un lord inglés, ¡por todos los diablos!, encadenados a un muro y condenados a morir en la horca dentro de dos días. Me parece que no tiene mucho sentido preocuparnos por lo que vayamos a necesitar o no en el viaje de vuelta a casa. ¡Por la sencilla razón de que no vamos a volver! A menos que

ese malnacido de Harold decida enviar nuestros cadáveres para que la familia nos entierre.

—No intentes animarnos, gracias. —Hizo oídos sordos a la queda maldición que soltó Nanty—. Me pregunto por qué no hay ningún guardia vigilándonos.

—¿Porque estamos encadenados a la pared? —se burló Liam.

—Tal vez, gracias a mi increíble fuerza viril, pueda arrancar las cadenas del muro —murmuró Sigimor.

—¡Ja! Deben de tener por lo menos tres metros de grosor.

—Dos y medio para ser exactos —puntualizó una clara voz femenina.

Sigimor miró de hito en hito a la minúscula mujer que los observaba desde el otro lado de los gruesos barrotes de hierro de la prisión. Se preguntó por qué no se habría percatado de su llegada. La palabra «mía» resonó en su cabeza con sorprendente fuerza mientras la miraba boquiabierto. La mujer que tenía delante no se parecía a ninguna de las mujeres que había deseado a lo largo de sus treinta y dos años de vida. Además, era inglesa.

Por si ese defecto no fuera suficiente, era de complejión frágil. Estaba seguro de que le sacaba más de una cuarta (él medía algo más de un metro noventa), y además era delgada. Habida cuenta de su tamaño, le gustaban las mujeres altas y voluptuosas. La desconocida tenía el pelo oscuro, posiblemente negro, y a él le gustaban las rubias. No obstante, su cuerpo parecía haber olvidado de repente todas sus preferencias y comenzaba a demostrar un marcado interés por la muchacha. No le cabía duda de que estar encadenado a la pared lo había trastornado.

—Y las espigas ancladas en los muros están sujetas

por unas barras de algo más de un metro de largo —añadió ella.

—Está claro que no has venido para animarnos —refunfuñó Sigimor.

—No sé yo si se puede animar a seis hombres encadenados a la pared y condenados a morir en la horca. Y mucho menos si son seis *highlanders*... en una mazmorra inglesa.

—Llevas razón. ¿Quién eres?

—Lady Jolene Gerard.

Si creía que el hecho de enderezar la espalda mientras se presentaba le daba un aspecto más imponente, estaba muy equivocada, pensó Sigimor.

—¿La hermana de Peter o su esposa?

—Su hermana. Harold lo asesinó. Vinisteis demasiado tarde en su ayuda.

Aunque sus palabras no encerraban ninguna acusación, Sigimor sintió una punzada de culpabilidad.

—Partí de Dubheidland en cuanto recibí el mensaje de Peter.

—Lo sé. Me temo que Harold adivinó que mi hermano había pedido ayuda. Mi primo tenía hombres apostados en todos los caminos para evitar que Peter le pidiera ayuda a la familia. Por eso os escribió a vos. Todavía no sé cómo lo descubrió Harold.

—¿Hay pruebas de que Harold matara a Peter?

Jolene suspiró y negó lentamente con la cabeza.

—Por desgracia, no. Pero no me cabe la menor duda al respecto. Harold deseaba Drumwich y ahora lo tiene. Mi hermano estaba fuerte como un roble y ahora está muerto. Murió gritando por un dolor de estómago. Según Harold, el pescado estaba podrido. Murieron otros dos hombres.

—¡Vaya! Es posible.

—Cierto. Esas tragedias no son extrañas. Sin embargo, antes de que enterraran el pescado podrido, dos de los perros de Harold lo comieron. Y siguen vivos, ni siquiera enfermaron. Claro que mi primo ignora que vi cómo los perros comían del plato de Peter mientras él estaba pendiente de su repentina dolencia. Y lo vi porque tuve que apartar a los animales para llegar hasta mi hermano.

—¿Quién murió además de Peter?

—Sus dos hombres de confianza. El cocinero preparó el pescado porque era el plato favorito de los tres. Según dijo, no había suficiente para todos los comensales. También les sirvieron lo que quedaba del mejor vino de la bodega. Creo que ahí estaba el veneno, o al menos la mayor parte, pero no he podido encontrar ningún rastro. Ni en la jarra de la que se sirvieron ni en los cálices de los que bebieron. No fui lo bastante rápida y se lo llevaron todo antes de que pudiera cogerlo. Cuando volví a ver los cálices, ya los habían lavado.

—¿Se interrogó al cocinero? —quiso saber Liam.

—Ha desaparecido —contestó ella.

Sigimor soltó un juramento y meneó la cabeza mientras hacía unas apresuradas presentaciones.

—En ese caso, me temo que no hay nada contra Harold. No hay pruebas de su culpabilidad y yo no estoy en situación de ayudar. Sería acertado que buscaras otro lugar donde vivir ahora que Harold es el *laird*.

—¡Pero aún no es el señor de Drumwich! Hay un pequeño impedimento.

—¿Qué pequeño impedimento?

—El hijo de Peter.

—¿Es legítimo?

—Por supuesto. Reynard tiene casi tres años. Su madre murió durante el parto.

—Si estás tan segura de que Harold mató a tu hermano, será mejor que saques a ese niño de aquí cuanto antes —dijo Liam.

Sigimor se percató de que Jolene miraba a su primo fugazmente antes de clavar la vista de nuevo en él. Su primo, desaliñado y magullado, no estaba en su mejor momento, cierto, pero le sorprendió que la dama no reparara en su tan cacareada belleza o, al menos, que la descartara así sin más. Era algo de lo más inusitado. Tanto que despertó su curiosidad.

—He escondido a Reynard —les informó ella.

—¿Y Harold no ha intentado sonsacarte su paradero? —preguntó Sigimor.

—No. Estoy segura de que le encantaría intentarlo, pero yo también me he escondido. Mi primo no conoce todos los secretos de Drumwich.

—Una muchacha lista, pero la situación no seguirá así por mucho tiempo, ¿verdad? Liam tiene razón. Necesitas marcharte de aquí, con el niño.

Jolene observó al corpulento extraño que Peter había creído que podría salvarlos. El hecho de que el *highlander* hubiera honrado una antigua deuda y hubiera cabalgado hasta Inglaterra bastaba para tildarlo como un hombre de honor. Un hombre capaz de cumplir su palabra. También era prometedor que ninguno de ellos hubiera solicitado su ayuda pese a la peligrosa situación en la que estaban metidos y, en cambio, que se hubieran aprestado a aconsejarle que se alejara, junto con su sobrino, de las letales garras de Harold. Además, eran hombres fuertes y grandes que, una vez libres de su confinamiento, se dejarían la piel para regre-

sar a las Highlands. A Harold no le sería fácil seguirlos hasta allí.

De todas formas, le preocupaba un poco no ser capaz de apartar la mirada del tal Sigimor. La mayoría de las mujeres se habrían quedado sin aliento al mirar al otro, a Liam. Pese a la suciedad y las magulladuras, era fácil percatarse de su atractivo, resaltado por la luz parpadeante de las antorchas emplazadas en las paredes. Ella, sin embargo, lo había mirado, había reconocido el magnetismo y había vuelto a clavar de inmediato la mirada en Sigimor. A los veintitrés años ya debería haber superado la etapa de los enamoramientos repentinos, pero mucho se temía que eso era lo que la aquejaba en esos momentos. El hecho de que no pudiera verlo bien hacía que la repentina fascinación resultase más extraña si cabía.

Se reprendió en silencio. No debería estar pensando en otra cosa que no fuera poner a salvo a Reynard. Llevaba tres días con sus respectivas noches oyendo gritar a Harold mientras ponía Drumwich patas arriba e interrogaba a sus habitantes a fin de encontrarla. Los interrogatorios se habían vuelto brutales la noche anterior. Los alaridos de los torturados habían reverberado por todas las estancias del castillo. Tarde o temprano, cualquiera de los que conocían los secretos de Drumwich sucumbiría y le diría a Harold cómo encontrarlos. El dolor podía aflojar la lengua de los más leales. Tenía que llevarse al niño bien lejos sin demora y, puesto que le era imposible pedirle ayuda a su familia, esos hombres eran su única esperanza.

—Sí, tengo que llevarme al niño lejos de aquí, muy lejos. A un lugar donde Harold no pueda llegar fácilmente, o donde le resulte incluso imposible hacerlo —reconoció, y en ese instante la mirada de Sigimor le indi-

có que estaba comenzando a entender el motivo de su presencia en la mazmorra.

Sigimor se tensó al sentirse embargado por la esperanza. La muchacha había dicho que estaba escondida y, sin embargo, allí estaba, sin dar muestras de que le preocupara la posibilidad de ser descubierta. Además, ese modo de afirmar que debía llevarse bien lejos al niño, a un lugar donde Harold no pudiera llegar fácilmente, junto con la intensidad de su escrutinio, le decía que estaba dispuesta a pedirle ayuda. Se percató de que sus compañeros también se habían puesto tensos y de que todos ellos miraban a Jolene sin pestañear. No era el único cuyas esperanzas habían florecido de repente.

—No hay muchos lugares en Inglaterra donde podáis estar a salvo de Harold —dijo.

—No, a decir verdad, hay bien pocos. Ninguno, para ser exactos. Ya ha muerto uno de mis hombres intentando llegar hasta mi familia en busca de ayuda. Esa vía está cerrada para mí, al igual que lo estuvo para mi hermano, así que necesito encontrar otra.

—Muchacha, es muy desconsiderado por tu parte que te burles de ese modo de un hombre encadenado a la pared y condenado a morir en la horca. —Contuvo el aliento al verla sonreír, porque el gesto dotó de una extraña belleza a ese rostro ligeramente ovalado, que ya de por sí tenía un peligroso encanto.

—Tal vez mi error haya sido esperar que os ofrecierais a ayudarme antes de verme obligada a pedíroslo. Si me ofrecéis lo que deseo, lo meditaré un instante y aceptaré, convencida de que no tengo otra alternativa. Si me veo obligada a pedir os ayuda, estaré aceptando mi derrota; estaré admitiendo que no soy capaz de hacerlo sola. Es un trago un poco amargo...

—Pues bébetelo.

—¡Sigimor! —lo reprendió Liam, echando chispas por los ojos, antes de sonreírle a Jolene con dulzura—. Preciosa, si nos sacas de este sombrío lugar, te juro solemnemente que te ayudaremos a liberar al niño y a mantenerlo con vida, cueste lo cueste.

—Es una oferta muy generosa —replicó Jolene antes de volver a mirar a Sigimor—, pero ¿os ha dado permiso vuestro señor para hacer semejante juramento? ¿Se avendrá él al mismo?

Sigimor refunfuñó por lo bajo, pasó por alto las furibundas miradas de sus hombres durante un buen rato y, a la postre, claudicó.

—Sí, se avendrá. Nos llevaremos al niño.

—Y a mí.

—¿Y por qué tendríamos que llevarte con nosotros? No supones ninguna amenaza para que Harold sea proclamado *laird* del castillo. —Sabía que ella insistiría, pero quería conocer sus razones para acompañarlos.

—¡Vaya! En realidad sí que soy una amenaza para mi primo —lo contradijo en voz baja y airada—. Y él lo sabe muy bien. Si no fuera por Reynard, me quedaría aquí y le haría pagar con creces la muerte de Peter. Sin embargo, le juré a mi hermano que protegería al niño con mi propia vida. Por supuesto, la promesa sobraba, porque lo he criado como si fuera mío después de que su madre murió en el parto.

Ahí estaba el motivo para llevársela consigo, concluyó Sigimor. Tal vez no hubiera alumbrado al niño, pero se consideraba su madre. Además, su confesión le había mostrado el modo de controlarla, si bien sus instintos le decían que lograrlo no sería fácil. De todas formas, nada de eso importaba. No había podido salvar a Peter,

pero acababan de ofrecerle la posibilidad de salvar a su hermana y a su hijo. Y, lo más importante, al hacerlo estaría salvando a los hombres que había arrastrado consigo a esa mazmorra inmunda.

—En ese caso, libéranos, muchacha —le dijo—, y cumpliremos nuestra parte del juramento.

Con las manos trémulas a causa del inmenso alivio que la embargaba, Jolene comenzó a buscar la llave de la celda entre todas las que llevaba. La esperanza era embriagadora, se dijo. Por un momento había estado a un paso de desmayarse y daba gracias a Dios por no haber sufrido semejante bochorno delante de esos hombres.

—¿No sabes cuál es la llave? —Sigimor sintió una mezcla de irritación y jocosidad al verla bregar con las llaves y la cerradura.

—¿Y por qué tendría que saberlo? —musitó ella en respuesta—. Jamás he encerrado a nadie aquí abajo.

—¿No se lo has preguntado a quien te las ha dado?

—No. Estaba dormido.

—Entiendo. En fin, esperemos que los otros guardias no decidan bajar a echar un vistazo mientras la buscas...

—No vendrá ningún guardia. Están durmiendo.

—¿Todos?

—Eso espero.

—¿Y los soldados también?

La muchacha asintió.

—¿Es que todo Drumwich está durmiendo?

—Casi. Dejé a algunos despiertos, a los que creí que querrían huir del castillo si les daba la oportunidad de hacerlo. —Soltó un grito triunfal cuando una de las llaves abrió la cerradura y lo miró con una sonrisa mientras abría la puerta.

Sigimor se limitó a enarcar una ceja al tiempo que zarandeaba suavemente las cadenas que lo unían a la argolla de la pared. La mirada hosca que ella le lanzó mientras corría a su lado con el enorme montón de llaves tinteando en su mano estuvo a punto de arrancarle una sonrisa. Sin embargo, soltó un largo suspiro cuando Jole ne volvió a probar las llaves una a una. La oyó mascullar algo que sonó como una maldición.

Se le quitaron las ganas de reírse en cuanto la notó pegada a él. Pese a su frágil apariencia, el aroma a limpio de su cuerpo lo excitó. Observó esas manos pequeñas de muñecas delgadas y dedos largos mientras intentaba recordarle a su mente que era una mujer delicada. Su cuerpo insistía en olvidarse de ese detalle. Al igual que se olvidaba de su cabello negro recogido en una gruesa trenza que colgaba por su espalda y le llegaba más abajo del trasero, un color que nunca le había gustado especialmente. También pasó por alto el hecho de que apenas le llegaba al hombro. La muchacha era todo lo contrario de lo que buscaba un hombre de su corpulencia y sus preferencias, aunque parecía que su cuerpo estaba en patente desacuerdo con su mente. Era un misterio que no sabía si sería capaz de resolver.

—¿Estás completamente segura de que los hombres de Harold están dormidos? —le preguntó en un intento por desentenderse de la visión de ese largo y elegante cuello. Si se concentraba en los problemas que tenían entre manos, tal vez lo lograra.

—Sí. Les di unos cuantos puntapiés a algunos para asegurarme. —Le estaba resultando más difícil de lo que pensaba concentrarse en la búsqueda de la llave sin prestarle atención al imponente hombre que tenía tan cerca.

—¿Cómo lo has logrado?

—Eché un brebaje en la cerveza y en el vino de la cena. Además, con la ayuda de dos criadas, conseguí que los demás también lo bebieran en cuanto los hombres que estaban sentados a la mesa comenzaron a comer. Casi todos se quedaron dormidos a la vez.

—¿Casi todos? ¿Qué ha pasado con los que no se quedaron dormidos?

—Les dimos un buen golpe en la cabeza. ¡Ya está! —Le sonrió mientras lo liberaba de las cadenas, pero frunció el ceño al ver que él le quitaba la llave—. Sé usar una llave sin problemas.

—Siempre que la encuentres —rezongó él mientras liberaba a los demás sin pérdida de tiempo—. ¿Cuánto rato crees que durará el efecto del brebaje en Harold y sus hombres?

—Hasta el amanecer, tal vez algo más —respondió, pensando que seis hombres corpulentos encadenados a la pared eran menos intimidantes que seis hombres corpulentos libres, de pie y mirándola fijamente.

—¿Cuánto falta para el amanecer?

—Dos horas como mucho.

Sigimor puso los brazos en jarras y la miró, ceñudo.

—¿Por qué has esperado tanto para venir a liberarnos?

—He tenido que cerrar con llave unas cuantas puertas, curar algunas heridas infligidas por Harold y echarles una mano a aquellos que tan amablemente se han prestado a ayudarme a escapar de Drumwich. Después, he tenido que reunir algunas provisiones para el viaje y buscar las cosas que los hombres de Harold os arrebataron. Y teniendo en cuenta que yo (una mujer indefensa) he logrado con la única ayuda de dos criadas que todos los

hombres armados del castillo se duerman, creo que la crítica implícita en vuestras palabras sobra.

—No era implícita.

—Sigimor... —masculló Liam antes de sonreírle a Jolene—. ¡Bien hecho, muchacha!

—Gracias, señor, es muy amable —replicó ella, devolviéndole la sonrisa.

Con disimulo pero con firmeza, Sigimor apartó a su primo de la muchacha. Tal vez no entendiera por qué se sentía tan atraído por esa minúscula inglesa, pero hasta que se hubiera librado de ese mal que lo aquejaba, no estaba dispuesto a que otro imbécil intercambiara sonrisitas con ella. Y mucho menos Liam, que ya tenía a la mitad de las mujeres de Escocia rendida a sus pies.

—¿Cómo planeas sacarnos de aquí? —le preguntó a Jolene.

—Si queréis, podemos salir por la puerta principal —respondió ella—. Había pensado que podríamos salir de forma sigilosa y sin dejar rastro. Si no dejamos señales evidentes, tal vez tarden bastante en darse cuenta de nuestra desaparición.

—No sé por qué me parece que Harold encontrará un poco sospechoso que todos sus hombres estén dormidos o que se despierten a la vez.

—Cierto, tenéis razón. Y, además, supongo que los caballos desaparecidos y lo que he hecho en los establos también los pondrá sobre aviso.

Riendo para sus adentros, Sigimor se percató de que a Jolene le había costado la misma vida admitir algo así.

—Adelante, entonces. Quiero alejarme todo lo posible de aquí antes de que Harold se despierte.

La vio caminar hacia la puerta y sus hombres la siguieron. A medio camino, la oyó decir:

—Sí. Cuanto antes lleguemos a Escocia, antes nos libramos de él.

Dudaba mucho que fuera tan fácil, pero se mordió la lengua mientras la seguía por un oscuro y estrecho pasadizo que los alejó de las celdas. Harold ya había cometido un asesinato para apropiarse de Drumwich. Jolene temía por su vida y por la de su sobrino. A tenor de los alaridos que se oían por las noches, Harold estaba empleando métodos brutales para descubrir su paradero y el del niño. Semejante hombre no la dejaría escapar, aunque para atraparla tuviera que cruzar la frontera e internarse en un país donde los ingleses no solían ser bien recibidos. Estaba seguro de que no iba a ser fácil que Harold dejara de crearles problemas. Mientras observaba el delicado contoneo de esas caderas, maldijo para sus adentros. Harold no iba a ser su único problema en los días venideros.

## Capítulo dos

La súbita claridad hizo que Sigimor parpadeara con rapidez para adaptarse a la luz y comprobar así adónde los había conducido la inglesa. No bajaría la guardia hasta que hubieran salido de las murallas de Drumwich y estuvieran camino de Escocia. Aunque no se le ocurría un destino peor que estar encadenado en una mazmorra oscura a las puertas de la muerte, no tenía intención de correr riesgos innecesarios. Cuando menos, les debía a sus cinco compañeros toda su pericia, su astucia y su fuerza para salir de Drumwich sanos y salvos.

Un susurro le hizo mirar hacia un jergón de mantas y pieles emplazado en el suelo de la pequeña estancia. Se acercó para estudiar al niño que yacía allí, quien, a su vez, lo estaba estudiando a él. Los rizos negros proclamaban su parentesco con Jolene, pero sus enormes ojos eran de un azul cristalino. Cuando le sonrió, no le quedó más remedio que devolverle la sonrisa.

—¡Increíble! —exclamó Jolene mientras cogía a su sobrino en brazos—. No os tiene miedo en absoluto.

—¿Por qué debería tenerme miedo? —preguntó Sigimor con el ceño fruncido.

—Eso, ¿por qué iba a hacerlo? ¿Tal vez porque eres un desconocido con aspecto de toro que huele igual que una letrina? —intervino Liam.

—No huelo como una letrina. —Tomó las armas que le tendía su sonriente primo—. ¿Dónde están las provisiones?

Jolene señaló las siete alforjas que había preparado meticulosamente.

—Aquí. Una alforja por cabeza. Antes de huir, Thomas *el Viejo* preparó los caballos y metió vuestras posesiones en las alforjas, además de otras cosas necesarias. Las botas de vino y agua y las mantas ya están aseguradas a las monturas. —Sonrió a Liam en agradecimiento cuando éste la ayudó a atarse una de las mantas alrededor del torso para llevar a Reynard contra el pecho.

En cuanto todos se hubieron abrigado, Sigimor le dio un empujoncito.

—Tú delante, muchacha.

Jolene asintió con la cabeza. Sigimor se ofreció para llevarle su alforja, de modo que ella cogió una de las antorchas y abrió la marcha para sacarlos de su pequeño refugio. Uno de los hombres que la seguían cogió otra antorcha, y agradeció sobremanera la luz que proporcionaba. A pesar de la relativa seguridad que había encontrado en los pasadizos subterráneos del castillo, los detestaba, y detestaba mucho más la oscuridad sofocante que reinaba en ellos. Sólo se había atrevido a encender las antorchas y velas imprescindibles para combatir la oscuridad en la pequeña estancia que acababan de dejar. Lo único que la había ayudado a seguir oculta en las gélidas entrañas del castillo había sido el miedo que le inspiraba Harold. Tener a seis hombretones a su espalda ayudaba a mitigar no sólo ese miedo, sino también el que le provocaba la oscuridad en la que había tenido que buscar refugio.

Cuando llegó a la gruesa puerta de roble encastrada en la pared de piedra, miró a Sigimor.

—Esta puerta conduce a un pasadizo que nos llevará a los establos. —Frunció ligeramente el ceño—. Será un poco justo para unos hombres de vuestra altura.

—No tanto como una sogá... —replicó Sigimor al tiempo que abría la puerta.

Jolene hizo una mueca al oler el aire viciado que inundó el pasadizo nada más abrir la puerta. La había abierto en una sola ocasión, poco después de la llegada de Harold a Drumwich, con el único fin de asegurarse de que el pasadizo podría serle de utilidad. Estaba oscuro y húmedo, y era muy estrecho y bastante bajo en ciertos puntos. La había asustado tanto, le había provocado tal pavor, que no había regresado por él, sino que había vuelto al castillo a través de los establos. No estaba convencida de que la presencia de esos seis gigantes hiciera el trayecto más fácil. Cuadró los hombros, enderezó la espalda y empezó a andar delante de ellos. De todas formas, se echó a temblar cuando oyó que la puerta se cerraba detrás del último hombre.

Lo irregular del suelo hacía que correr fuese imposible, de modo que tuvo que luchar contra la constante necesidad de escapar de ese lugar que le helaba la sangre. Cuando por fin llegó a la puerta que daba a los establos, temblaba de pies a cabeza. Sintió que Sigimor se movía para abrir, pero fue incapaz de esperar a que cumpliera con los buenos modales. Empujó la puerta con todas sus fuerzas para salir a trompicones a la parte posterior de los establos y a punto estuvo de caerse sobre las balas de heno y un montón de aperos que habían servido para ocultar la puerta. Tardó un momento en darse cuenta de que no era la única que estaba ins-

pirando hondo para serenarse. Sin embargo, cuando se percató de que Sigimor ya había echado a andar hacia los caballos, imperturbable ante el efecto de un pasadizo que más parecía una tumba, sintió deseos de darle una patada.

—Maldita sea, Sigimor —masculló Nanty cuando se acercó—, ¿es que no hay nada que te altere?

—Sí, la idea de que me cuelguen —contestó él.

Sigimor clavó la vista en los dos hombres que dormían a pierna suelta sobre un montón de heno. Aunque reconocía los meritorios esfuerzos de Jolene para ayudarlos a escapar, le enervaba un poco saber que una insignificante muchacha había sido capaz de desarmar a todos los hombres del castillo. También sospechaba que esos hombres saldrían en su persecución motivados por algo más que las órdenes de Harold. Muchos de ellos querrían vengarse por haber sufrido semejante humillación.

Al ver que Liam hacía ademán de ayudar a Jolene a montar, se le adelantó. La cogió por la estrecha cintura y la subió al caballo. Tras admirar unas esbeltas piernas ocultas por las medias, la ayudó a cubrírse las con la falda. Por alguna razón que no atinaba a comprender, no quería que los demás las vieran. La expresión extrañada de Jolene y la sonrisa de Liam acabaron por irritarlo. No creía haber hecho nada que pudiera despertar su curiosidad y, en cuanto a Liam..., se pasaba de listo. Tras mascullar que estaban perdiendo el tiempo, montó y los condujo fuera del enorme establo, pero se detuvo en seco y desenvainó la espada al ver que dos hombres montaban guardia en las puertas.

—¡No! —gritó Jolene, poniéndose a su altura—. Son Thomas *el Viejo* y su hijo. —Se adelantó un poco y

meneó la cabeza mientras miraba al tal Thomas, un hombre corpulento y canoso—. Te ordené que huyeras.

—Nos iremos en cuanto vos lo hagáis, milady —dijo el hombre—. Se me ocurrió que alguien debería cerrar las puertas a cal y canto y que vos no deberíais perder tiempo haciéndolo. No creo que os dé mucha ventaja si todo sale según lo previsto, pero al menos, con las puertas cerradas, esos necios tendrán que buscar antes por todo el castillo para asegurarse de la fuga de los prisioneros, ¿no creéis?

—Eres un buen hombre, Thomas. Muchas gracias. Pero asegúrate de alejarte todo lo posible en cuanto puedas.

—No os preocupéis, milady, lo haremos en cuanto me asegure de que los establos quedan como ordenasteis.

—Id con Dios.

Mientras se alejaban de las puertas, Sigimor le preguntó:

—¿Qué le has mandado hacer en los establos?

—Cortar las cinchas de las sillas y embadurnar de barro los bocados —replicó Nanty, sonriéndole a Jolene.

—Una muchacha lista... —musitó Sigimor—. Eso nos dará al menos un día de ventaja, puede que incluso más.

Jolene asintió con la cabeza.

—Por eso lo hicimos, aunque la furia puede agudizar el ingenio de Harold. —Depositó un beso en la coronilla de Reynard—. Y mientras este pequeño viva, Drumwich nunca podrá ser suyo.

Sigimor asintió lentamente con la cabeza mientras meditaba sus palabras.

—Furia y avaricia. Ambas cosas pueden hacer que un traidor supere cualquier obstáculo. Será mejor que nos alejemos de Drumwich sin pérdida de tiempo.

Apenas había terminado de hablar cuando azuzó a su montura para que se pusiera al trote. El resto siguieron sus indicaciones al punto. Maldijo la oscuridad de la noche porque retrasaba su huida y los obligaba a llevar un paso mucho más lento del que le habría gustado. Ansiaba lanzarse al galope hacia la frontera, pero pasarían varias horas hasta que pudiera sucumbir a ese impulso. Miró de soslayo a Jolene y al niño, y supo que tendrían que detenerse o ir más despacio de lo que él querría en más de una ocasión. Aunque dichas paradas fueran muy escasas y espaciadas, podrían acabar en un santiamén con la ventaja que les había sido concedida. Todo podría acabar en una carrera a vida o muerte para alcanzar la seguridad de Dubheidland.

Con la ayuda del apuesto Nanty, Jolene colocó a un dormido Reynard en la manta donde lo llevaba y volvió a montar. Apenas era mediodía, pero ya comenzaba a acusar los dolores por llevar tantas horas a caballo. Ninguno de los hombres se quejó, aunque sabía perfectamente que no les gustaban las paradas que necesitaba su sobrino. Ésa era sólo la segunda que hacían y, además, había actuado con toda la celeridad del mundo, pero la necesidad que mostraban por alejarse cuanto les fuera posible del castillo era casi palpable. Sospechaba que, de no ir ellos dos, sólo se detendrían en su huida hacia la frontera por el bien de los caballos. Le costó mucho ocultar una mueca de dolor cuando Sigimor se lanzó de inmediato al galope, al parecer, tras haber decidido que los

caballos habían descansado lo bastante como para soportar otras cuantas horas de duro viaje.

Rezó por que Harold no los siguiera, pero tenía el mal presentimiento de que sus plegarias no serían escuchadas. Harold sabía que no lo dejaría tranquilo, que intentaría expulsarlo de Drumwich una vez que estuviera a salvo y hubiera encontrado aliados. Y no permitiría que el hijo de Peter viviera para que alguien lo utilizara en su contra, para que creciera y regresara algún día a fin de reclamar su herencia. Estaba segura de que no pensaría dos veces la idea de seguirlos hasta Escocia para darles caza. Sólo contaban con una ventaja, y era el hecho de que Harold tendría que actuar con suma cautela en cuanto cruzara la frontera, de modo que no podría contar con ningún aliado por temor a que se descubrieran sus crímenes.

Sin embargo, ella sí que contaba con aliados, pensó al tiempo que miraba los seis rostros serios que cabalgaban a su alrededor. A pesar de que sir Sigimor Cameron le debía la vida a Peter y de que también se la debía a ella tras los últimos acontecimientos, empezaba a sentirse culpable por haberlos inmiscuido en sus problemas. Harold era un ser despreciable, cruel y letal. Estaba arriesgando las vidas de esos hombres y comenzaba a preguntarse si estaba bien, si tenía derecho a hacerlo. Las tierras inglesas y los títulos ingleses no tenían la menor importancia para ellos, jamás la tendrían. De hecho, sospechaba que los escoceses estarían de lo más contentos si conseguían arrojar a la aristocracia inglesa al mar.

Reynard balbuceó algo acerca de un ciervo y Jolene suspiró antes de contestar a su sobrino. Le resultaba imposible prestarle atención al niño con el sinfín de preocupaciones que tenía en la cabeza, por no mencionar el

hecho de ir al galope a lomos de un caballo en dirección a la frontera. Aunque esa pequeña interrupción le recordó por qué estaba haciendo aquello. Tal vez ansiara con toda su alma hacer pagar a Harold por la muerte de Peter, pero la seguridad de Reynard debía ser prioritaria. Reynard era una parte de Peter, el legado viviente de su hermano y el recipiente de todos los sueños y esperanzas que había albergado para Drumwich. A partir de ese momento y hasta que derrotasen a Harold, cada paso que diera, cada decisión que tomara y cada uno de sus pensamientos debían centrarse en mantener a salvo al pequeño.

No obstante, esa idea no calmó su agitada conciencia en lo que a los Cameron se refería. Se recordó con severidad que Peter había considerado apropiado pedirles ayuda para luchar contra su enemigo, de modo que ella también debía verlo así. Claro que, pensó una vez más, los hombres no tenían el menor reparo a la hora de pedirles a otros hombres que lucharan a su lado, que arriesgaran sus vidas. El honor y la gloria de combatir por una causa justa eran tan necesarios para ellos como el aire. Sospechaba que ni siquiera se paraban a pensar en la posibilidad de la derrota o en la muerte. Por desgracia, ella sí lo hacía. En cuanto les pidió que la ayudasen, había asumido la responsabilidad de mantenerlos con vida, y no estaba segura de poder cargar con ella. Sin embargo, ¿qué otra alternativa le quedaba?

Cuando el sol comenzó a ponerse, se detuvieron para pasar la noche y aún seguía dándole vueltas a la cuestión. Sin embargo, el doloroso cansancio que la embargaba no tardó en desterrarla. Tras desmontar, se vio obligada a aferrarse a la silla un rato antes de estar segura de que

las piernas la sostendrían. Como Reynard se había quedado dormido después de la parada del mediodía, no habían vuelto a detenerse hasta ese momento. Apenas habían aminorado el paso cuando el niño se despertó y manifestó su necesidad de aliviarse. Todavía estaba un poco estupefacta por el modo en el que Sigimor había sostenido a su sobrino para que pudiera hacer lo que tenía que hacer sin necesidad de desmontar, claro que Reynard había disfrutado de lo lindo. A partir de ese momento, Sigimor se había hecho cargo del niño, y tuvo que admitir, aunque a regañadientes, que agradecía ese pequeño favor.

Tras echarle un vistazo al fuego que Liam había encendido, se preguntó qué posibilidades tenía de acercarse a él con un mínimo de elegancia. No muchas, decidió tras dar el primer paso para alejarse de su caballo y comprobar que le temblaban las piernas. Se dejó caer contra el animal y se preguntó cuándo, si acaso llegaban a hacerlo, se darían cuenta los hombres de que aún no se había reunido con ellos, de que ni siquiera había desensillado a su pobre y exhausto caballo.

—Creo que la muchacha puede estar en algún que otro apuro, Sigimor —dijo Nanty cuando se sentó junto a él delante del fuego.

Sigimor miró a Jolene, que no se había separado ni un paso de su caballo desde que había desmontado.

—No está acostumbrada a largas cabalgadas. Me parece que lo máximo que ha hecho ha sido trotar por las tierras de su hermano.

—¡Hasta yo estoy dolorido! Nunca me ha gustado pasarme todo el día en la silla. —Nanty hizo ademán de levantarse, a todas luces con la intención de ayudar a Jolene, pero se quedó de piedra al sentir cómo Sigimor

lo agarraba del hombro y lo obligaba a seguir sentado—. Qué menos que desensillarle el caballo...

—Yo me encargaré de eso. Tú cuida del pequeño.

Sigimor estudió a Jolene mientras se acercaba a ella muy despacio. La muchacha estaba exhausta, pálida y hecha un desastre. Por desgracia, seguía siendo demasiado atractiva para su gusto. Pese a la extrema palidez, su rostro era encantador, con esos hermosos ojos grises, esas largas pestañas, esa naricilla y esa boca capaz de tentar a un santo con sus labios carnosos. Quería que su debilidad lo irritase, que lo molestase su incapacidad para seguir el ritmo que imponía. Sin embargo, experimentó la necesidad de estrecharla entre sus brazos y decirle lo orgulloso que se sentía por el enorme esfuerzo que había hecho sin quejarse siquiera. Eso no era una buena señal, se dijo, y frunció el ceño.

—Será mejor que andes un poco o dentro de un rato serás incapaz de hacerlo —le dijo, y su agraviada mirada estuvo a punto de arrancarle una sonrisa.

—Os agradezco el amable consejo —replicó ella, incapaz de suprimir el sarcasmo—. En cuanto mis piernas estén dispuestas a obedecerme, será un placer seguiros. —En su opinión, el exagerado suspiro que exhaló le valía una buena patada en la espinilla, pero era incapaz de darse el gusto en su estado—. ¿Qué estáis haciendo? —preguntó cuando Sigimor le rodeó los hombros con un fuerte brazo y la apartó del caballo.

—Ayudándote a andar. —Fingió no darse por enterado cuando Jolene se tambaleó y tuvo que rodearle la cintura con un brazo para recuperar el equilibrio, si bien su cuerpo reaccionó ante el contacto—. Liam, atiende su caballo —le ordenó a su primo mientras la ayudaba a andar por el claro en el que se habían detenido.

—Creí que estaba acostumbrada a montar a caballo  
—murmuró ella en cuanto se sintió menos ridícula.

—Se tardan años en acostumbrarse a cabalgar durante días.

—¿Días?

—Sí. Días. A menos que la necesidad nos obligue a desviarnos, iremos directamente a Dubheidland. Los únicos aliados que tengo de camino son mis parientes, los MacFingal. Si Harold no nos ha dado alcance, podremos descansar un poco con ellos.

—¿A cuánto están esos MacFingal?

—A unos cuatro días de camino, al galope, siempre y cuando aguanten los caballos. Y aguantemos también nosotros.

Cuatro días más como ése y estaba segura de que tendrían que meterla en el castillo de los MacFingal en parihuelas. Una vez que las piernas recobraron su estado normal, comenzó a sentir un terrible dolor de espalda. Oyó la risa de Reynard y vio que Nanty estaba jugando con el pequeño. La escena no calmó sus doloridos músculos, pero sí hizo que se mordiera la lengua y no se quejara. Ese niño era el futuro de los Gerard de Drumwich. Unas cuantas molestias eran un precio irrisorio a pagar para que siguiera siendo así.

—¿Mejor? —le preguntó Sigimor cuando se detuvieron junto al fuego.

—Sí, un poco. ¿Hay suficiente agua para que pueda quitarme un poco del polvo del camino? —La renuencia a alejarse de ese hombre, a distanciarse de su cuerpo fuerte y musculoso, la desconcertó.

—Los ángeles te han sonreído, muchacha. Hay un arroyo aquí cerca. Podrás darte un baño, aunque tendrá que ser frío.

—Por mí, como si está helado. Sería capaz de hacer un agujero en el hielo sólo para lavarme.

—Coge lo que necesites y te llevaré al arroyo.

—Sólo tenéis que señalarme el camino y yo...

—No. No te alejarás sola.

—Pero... ¡no puedo bañarme delante de un hombre!

—Me volveré de espaldas. Es la única concesión que pienso hacer. Ni el niño ni tú os quedaréis sin protección hasta que Harold haya dejado de ser una amenaza.

—Sigimor cruzó los brazos por delante del pecho y la retó en silencio a que discutiera con él.

Jolene abrió la boca para rechazar de pleno esa imposición, pero se percató del brillo de sus hermosos ojos verdes. No iba a cambiar de opinión. A diferencia de otros hombres, estaba dispuesto a discutir con ella, pero con eso sólo conseguiría perder el tiempo. Le había pedido su ayuda y protección, y era evidente que tenía unas ideas fijas sobre lo que eso quería decir. Dado que ya había demostrado ser un hombre de palabra, decidió aceptar su promesa de que no iba a mirar y procedió a recoger a toda prisa lo necesario para quitarse el polvo del camino y el olor que desprendía tras pasar varios días en las entrañas de Drumwich. Le echó un último vistazo a Reynard para asegurarse de que estaba bien al cuidado de los hombres y se apresuró a seguir a Sigimor.

El hombre tenía las piernas muy largas, pensó al verse obligada a avivar el paso para mantenerse a su altura; claro que para él eso sería un simple paseo. Unas piernas largas, fuertes y muy bien formadas, se dijo. Aunque nunca había sido dada a estudiar la anatomía masculina en detalle, debía admitir que le gustaba mirar el fuerte trasero de Sigimor mientras caminaba. Iba vestido a la

inglesa, aunque no demasiado engalanado, y la ropa se le ceñía al cuerpo más de lo adecuado. O era muy vanidoso o ignoraba cómo se le ceñían las calzas a las musculosas piernas y cómo mostraban su bien formado trasero bajo el corto jubón. Se quedó estupefacta al darse cuenta de cuánto le gustaba verlo moverse. Le provocaba una sensación extraña, algo desconcertante pero también muy placentera.

Llevaba estudiándolo desde que partieron de Drumwich, o más bien desde que hubo suficiente luz para hacerlo. No poseía la belleza de Liam, pero aun así era un hombre muy apuesto. La abundante cabellera le llegaba por debajo de los hombros y era de un pelirrojo muy oscuro. Compartía muchos rasgos con su primo Liam, que era demasiado guapo para su gusto, pero la nariz recta de Sigimor era mucho más audaz, la barbilla era más fuerte y el óvalo del rostro estaba más definido. Liam era tan guapo que robaba el aliento y llamaba la atención de inmediato, mientras que Sigimor tenía la clase de belleza que tardaba un poco más en provocar la atracción de las mujeres. Bajo unas cejas elegantemente arqueadas, se encontraban unos ojos increíblemente verdes, enmarcados por unas largas pestañas que harían las delicias de cualquier mujer. También tenía una boca muy atractiva, ni muy pequeña ni demasiado grande, y unos labios lo bastante carnosos como para pensar en besarlos. Llegó a la conclusión de que jamás se cansaría de ver su cara, y al punto se sintió alarmada por la dirección de sus pensamientos.

Cuando llegaron al arroyo, Sigimor se limitó a señalarlo y darse media vuelta. Jolene se quitó las ropas a toda prisa. Rezó para que el agua estuviera tan fresca como parecía, porque de repente se sentía de lo más

acalorada. Claro que el calor desapareció en cuanto se metió en el río helado. Estaba tan frío que apenas pudo contener un jadeo. El baño sería muy rápido, se dijo mientras comenzaba a frotarse la piel para quitarse el polvo del camino. Había estado bromeando al decir que sería capaz de hacer un agujero en el hielo sólo para bañarse, pero tenía la sensación de haber hecho precisamente eso.

Sigimor se recordó con severidad que no sería caballero intentar echar una miradita mientras Jolene se bañaba, pero se desentendió de la voz de su conciencia. Sólo le había dicho que se volvería de espaldas. El impulso de captar un atisbo de ese cuerpo que deseaba era demasiado fuerte como para resistirse. Al fin y al cabo, tal vez un solo vistazo a ese esbelto cuerpo bastase para recordar por qué siempre había preferido a las mujeres voluptuosas y para curarse de ese inoportuno e inconveniente deseo.

Justo cuando volvió la cabeza para verla, Jolene se puso de pie. Sigimor se atragantó y estuvo a punto de ponerse a toser, alertándola de ese modo de lo que estaba haciendo. Un vistazo no lo había curado..., lo había dejado al borde de ceder al impulso de arrancarse las ropas y reunirse con ella. Se recordó que era una dama de alcurnia, posiblemente virgen, y que semejante acercamiento la haría huir despavorida, si bien eso apenas logró aplacar su lujuria. Se descubrió preguntándose por qué, en qué momento, se había negado a reconocer el atractivo de las mujeres delgadas.

Su piel era pálida, inmaculada. No creía haber visto nunca una cintura tan estrecha. Sin embargo, la suave curva de sus caderas y la prieta carne de su trasero eran lo bastante femeninas como para calentarle la sangre.

Tenía unos muslos delgados que no llegaban a unirse en su parte superior, y se encontró deseando anidar en ese hueco. Los sedosos mechones de pelo negro que se le pegaban a la espalda resaltaban la palidez de su piel. Cuando se volvió un tanto, vislumbró la curva de un pecho. Era algo pequeño para su gusto habitual, pero estaba muy bien formado y era firme, con un pezón rosado y endurecido por el agua fría. En ese instante, comenzó a lavarse el abdomen y se quedó embobado observando cómo las gotas de agua descendían por el delicado triángulo de rizos negros que ocultaba su entrepierna. Contuvo un gemido a duras penas.

Se apresuró a volverse nuevamente. Tenía que controlar su desbocada lujuria. Las elegantes ropas que se había puesto para ir a Inglaterra dejaban muy poco a la imaginación y no quería escandalizarla. Tardó un buen rato en calmar su deseo hasta estar presentable para relacionarse con una dama. Se alegró de haber llevado una muda de ropa, porque tendría que zambullirse en esa agua helada para apagar su ardor. Como sospechaba que le sería imposible olvidar la imagen de su hermoso y esbelto cuerpo, llegó a la conclusión de que sus calzas, más sueltas, y su propio jubón, más largo, le irían de maravilla. Tal vez Jolene fuera demasiado inocente como para percatarse de los evidentes signos de su excitación, pero sus hombres no lo eran, y no tenía el menor deseo de que se rieran a su costa.

—Era justo lo que me hacía falta —dijo Jolene cuando, ya vestida, utilizó la camisola que acababa de quitarse para secarse el cabello—. Estaba bastante fría, lo reconozco, pero ha valido la pena.

Su sonrisa hizo que se le encendiera de nuevo la sangre.

—Vuélvete —le ordenó al tiempo que se acercaba al arroyo a grandes zancadas y se arrancaba la ropa.

Jolene lo miró boquiabierta, anonadada por la brusca orden. Abrió unos ojos como platos; los abrió tanto, de hecho, que casi se le salieron de las órbitas. También se le encendieron las mejillas cuando lo vio quitarse la ropa, pero fue incapaz de volverse. Tenía los hombros muy anchos, al igual que la espalda, si bien ésta se estrechaba hasta acabar en la cintura. La piel no era tan clara como cabría esperar en un pelirrojo, sino que tenía un tono dorado. Aunque tenía los brazos musculosos, su tamaño no era tan grotesco como el de otros hombres fornidos; además, descubrió que sus bíceps estaban adornados con unos intrincados tatuajes. En ese momento, lo vio quitarse las calzas de un tirón y el intenso calor que brotó en su interior la dejó al borde del desmayo. Esa piel dorada cubría todo su cuerpo. Su trasero estaba tan bien formado como había imaginado y sus largas piernas tenían la misma elegancia y fuerza que sus poderosos brazos.

Al percatarse de que podrían descubrirla mirándolo boquiabierta, se volvió y luchó con todas sus fuerzas contra el impulso de girarse para atisbar su parte delantera. Ese hombre la estaba convirtiendo en una desvergonzada. Jamás le había interesado tanto el cuerpo masculino, ni la había afectado de ese modo ver uno. No le gustaba que un escocés pelirrojo fuese el primero en despertar su interés como mujer y su deseo. Su padre, su hermano y su sobrino eran condes ingleses. Permitir que se le calentase la sangre y se le acelerase el corazón por un *laird* escocés era una locura en toda regla. Sus antepasados se estarían revolviendo en sus tumbas.

Aquello la tenía desconcertada. ¿Cómo había pasado de un total desinterés por los hombres a demostrar un interés tan marcado, tan ardiente, por un corpulento pelirrojo escocés? Como cualquier doncella, siempre había soñado con encontrar un amante galante y apuesto. Un sueño dulce y placentero, pero lo que estaba sintiendo no era dulce en absoluto. Era una sensación intensa, feroz e incontrolable. Qué momento más inoportuno para ser víctima de semejante fascinación o, mejor dicho, de semejante arrebatado de lujuria, porque mucho se temía que era eso lo que la aquejaba.

Tenía que esforzarse por recuperar el control. Tal vez se viera obligada a pasar semanas en compañía de Sigimor, sin la protección de ningún familiar. Tendría que proteger su castidad ella sola, cosa que podría resultar muy difícil si la consumía semejante ardor cada vez que lo mirara. De momento, Sigimor no había demostrado sentirse atraído por ella como mujer. Decidió que debía aprovechar el momento para sofocar la atracción que sentía por él. Había pasado esos veintitrés años sin que ningún hombre hubiera despertado su deseo. No sería muy difícil curarse de la extraña sensación que la afligía.

Sigimor eligió ese momento para cogerla de la mano y tirar de ella para regresar al campamento. La calidez de esa mano se extendió por todo su cuerpo con cada latido de su corazón. Aunque era un gesto de lo más inocente, la estremeció de pies a cabeza. Y no tuvo oportunidad de luchar contra esa sensación, ya que se sentó muy cerca de ella mientras comían y sus sentimientos se vieron reforzados de ese modo, avivados. Cuando se echó en su duro jergón sobre el suelo, él extendió sus mantas a escasa distancia. Si seguía acercándose tanto,

pensó mientras se esforzaba por olvidar ese cuerpo tan masculino y atractivo que tenía al alcance de la mano, jamás se curaría de su aflicción. Parecía que mantener a Reynard a salvo no sería la única batalla feroz que tendría que librar en los días venideros.